

La vida es fascinante: sólo hay que mirarla con las gafas adecuadas

Alexandre Dumas. Novelista (1824-1895)

DE LOS OJOS, GAFAS y ESPEJOS

—Ramón Núñez Centella—

DE LOS OJOS

Cuando los ojos dicen una cosa y la lengua otra, el experto se fia del lenguaje de los primeros. Ralph Waldo Emerson. Poeta (1803-1882).

Si tuviera que vivir otra vez, haría lo mismo que hice. Sólo que abriría los ojos un poco más. Jules Renard. Novelista (1864-1910).

Los ojos son testigos más fieles que los oídos. Heráclito de Éfeso. Filósofo. (540-480 a.C.).

El comprador necesita cien ojos, el vendedor, ninguno. George Herbert. Poeta. (1593-1633).

El verdadero órgano de la vista es el conocimiento, no los ojos. Libro del Panchatantra (Colección de fábulas indias).

«Soon como el maar»

Y merecieron más canciones, poemas o piropos que casi ninguna otra parte del cuerpo. A veces se los cataloga por su color, y alguna otra propiedad atribuida: los verdes, aunque lo sean como la albahaca, como el trigo verde, o el verde verde limón, son traidores, los azules de tanto mirar al cielo son «mentireiros», y los negros que llegan a desesperar dicen que son firmes y verdaderos.

Dispuesto a que no se me olvide jamás su lenguaje miro en ellos una y otra vez. Es impresionante la variedad de texturas que se aprecia en el iris, y quizás sorprenda ver que a veces está compuesto de muchos colores diferentes. El caso es que todos los ojos del mundo tienen el mismo pig-



mento oscuro, aunque los negros y acastañados en mayor cantidad que los azules. Cuanta más melanina, más oscuros son los ojos. Cuando no hay mucha melanina, las separadas partículas de este pigmento dispersan la luz de la misma manera que lo hace el agua del mar o la atmósfera, dando lugar a un color azul.

En resumen, que el secreto de los ojos azules está en que no tienen suficiente melanina como para colorearlos de otra manera.

Esta cortina circular de músculo es opaca. El único lugar por donde puede pasar la luz allá adentro es por la pupila, ese agujero en el centro del iris. Al encender las luces se ve disminuir su tamaño. El iris es rápido en esta res-

puesta que protege la retina. Con una luz muy cercana puede contraerse hasta un milímetro y medio o así. Veo que las pupilas de los dos ojos se reducen igual, aunque la luz brille más fuerte en uno de ellos. Al apagar la luz el agujero del iris se ensancha. A mayor oscuridad se abre más y más.

Dicen que puede llegar a tener un diámetro de 8,5 mm, para poder captar el menor rastro de luz disponible. Es maravilloso un sistema muscular capaz de multiplicar el diámetro de ese agujero hasta 6 veces. El tamaño de la pupila puede aumentar por otros factores, como una bajada del oxígeno en sangre; por ejemplo cuando se realiza un ejercicio, o con una emoción. Por eso la cólera, el miedo o el placer pueden leerse en los ojos.

La pupila es un agujero negro. La luz que allí entra no sale nunca. Es el contraste del luminoso blanco que rodea al iris, apenas manchado por algún vaso que lleva la sangre. A veces éstos se irritan y todo se enrojece cuando el humo entra en tus ojos, cuando tienes sueño, o se da alguna que otra novedad. —¿Lloraste?.



DE GAFAS

Un famoso es aquel que lucha toda su vida para llegar a ser conocido y luego lleva gafas oscuras para pasar desapercibido. John Florence Sullivan (Fred Allen). Humorista. (1894-1956).

Todo el mundo tiene gafas, pero nadie sabe a ciencia cierta de qué color son sus cristales. Alfred de Musset. Escritor (1810-1857).

El llevar gafas hace a los hombres afectados, porque las gafas les elevan a un grado de perfección sensual que está muy por encima del poder de su propia naturaleza. Johann Peter Eckermann. Escritor (1792-1854).

Era realmente erudito; no necesitaba las gafas de los libros para leer la naturaleza; miraba a su interior y la encontraba allí. John Dryden. Escritor. (1631-1700).

El cristal con que se mira

Pronto tendrá que ser. Día a día vamos viendo cómo los amigos echan mano de las gafas para leer. Los inevitables comentarios sobre el paso de los años se amplían a conversaciones sobre las diferencias entre enfermedades, achaques, pérdida de facultades o simplemente nuevas circunstancias. Sabemos que la presbicia o

presbicia no es ninguna enfermedad ni defecto de refracción, sino una dificultad en acomodar al cristalino para que pueda enfocar bien los objetos cercanos. No está claro si esa dificultad se debe a defectos de contracción del músculo ciliar o a defectos de plasticidad del cristalino, pero sí es evidente que son defectos que aparecen a partir de los cuarenta. Afortunadamente el problema tiene fácil solución, y consiste en escoger el cristal adecuado para mirar las cosas de cerca.

Es un cristal convexo. El primero, que yo sepa, en hablar de la solución al problema fue el fraile franciscano Roger Bacon, quien en 1249 describió las gafas de lectura, algo importante en una época que leía poca gente. Los ingleses dicen que este Bacon debe ser considerado el primer científico en sentido moderno, y la verdad es que, aunque no fuera por lo de las gafas, da motivos para caer bien. No tuvo mucha suerte, porque al ser condenado por herejía, estuvo en prisión prácticamente toda su vida, hasta dos años antes de su muerte, ocurrida en 1292, cuando tenía cerca de los ochenta. A falta de mejores datos, podríamos nombrar a Roger protector de los presbíteros.

Lo que ya es historia más connotada viene después. En 1280 el físico florentino Salvino degli Armati diseñó unas gafas que aumentaban los objetos. Contó su secreto a su amigo, también florentino, Alessandro della Spina, que estaba de fraile dominico en el Monasterio de Santa Catalina de Pisa, y éste fue quien difundió el invento. De hecho se sabe que en 1299 había en Pisa un fabricante de vidrios convexos que se utilizaban como lentes. Se extienden por toda Italia, y de ellos se afirma que «son una auténtica bendición para los pobres ancianos que tiene la vista débil». Por cierto que dos siglos después, cuando ya leía más gente, a Domenico Ghirlandaio se le ocurrió pintar al profeta y políglota Jerónimo, trabajando junto a una mesa redonda aparecen unas gafas, a pesar de que el autor de la Vulgata viviera a finales del siglo IV, y aquella pintura hizo que este santo sea considerado patrono de los fabricantes de lentes. Como el anacronismo es tan evidente, dedicando a Roger Bacon. Si alguien quiere celebrarlo, sería el 11 de junio.



DEL ESPEJO

Los espejos harían bien en reflexionar un poco ante de devolver las imágenes. Jean Cocteau. (1889-1963).

Nunca hay que creer a los espejos ni a los periódicos. John J. Osborne. Productor de cine. (1929-?).

La conducta es un espejo en el que cada uno muestra su imagen. Johann E. Goethe. Escritor. (1749-1832).

Hay dos formas de ofrecer luz: ser la lámpara o el espejo que la refleja. Edith Wharton. Poetisa. (1862-1937).

La televisión es el espejo donde se refleja la derrota de todo nuestro sistema cultural. Federico Fellini. Director de cine. (1920-1994).

La cara es el espejo del alma, y los ojos confiesan en silencio los secretos del corazón. San Jerónimo (342-420).

Un lienzo inmóvil y eternamente blanco

La fotografía ha conseguido fijar la circunstancia del espejo. Y nos ofrece, quieta para siempre, la sugerente imagen de ese momen-

to que existió poco antes (¿o después?) de que el fotógrafo cruzara por allí, y de que aquel falso escaparate mudara una vez más de contenido. Los fotógrafos, discretos y prudentes, casi siempre se escapan del espejo.

No tienen en él, como los pintores, el instrumento imprescindible y agradecido para aquellos ejercicios de autorretrato, en donde quedaban testimonios de la mirada del artista, de su oficio y quién sabe de cuántos miles de cosas más. No estaría de más ver de nuevo los de Van Gogh, y el famosísimo de Dürero, o buscar las diferencias entre los numerosos que Rembrandt pintó a lo largo de cuarenta años.

Siguiendo en clave de pintura, hay que decir que otras veces los espejos ganan protagonismo pasando el lienzo, normalmente para acompañar a la belleza, como en la famosa Venus de Velázquez. El pequeño artilugio permite en ese caso el juego de la desmitificación del mito al descubrir lo oculto, que allí resulta ser el rostro, la identidad misma.

Aquel espejo, al igual que en otros cuadros de Tiziano y Veronés, está en manos de Cupido que, como muchos adolescentes saben, todavía en nuestros días es quien más veces los ofrece, presentándose al siempre difícil cumplimiento entre la verdad y la vanidad.

Quedan todavía, dentro y fuera del lienzo, otros espejos ligados al arte y que resultan algo mágicos, como los que necesitamos para descifrar los textos que Leonardo escribía deliberadamente de forma invertida —sin que sepamos nunca si sus dibujos están también al revés— o aquel otro espejo, el más famoso en la historia de la pintura, que nos transforma en pareja real al reflejarnos al fondo del cuadro de las Meninas. Volved a mirarlo. Allí continúa el pintor sevillano de pie, ante un enorme lienzo que quizás esté eternamente blanco. Ese lienzo de la izquierda es también, todavía y para siempre, capaz de todas las imágenes, como los espejos.